

19 cms
ANT-XIX-1385(2)

11-91.519



DISCURSO

DE

D. VICENTE CALATAYUD Y BONMATÍ

LEÍDO EN LA SESIÓN SEGUNDA

DEL

CONGRESO CATÓLICO DE SEVILLA

El día 18 de Octubre 1892.



VALENCIA
IMPRESA DE MANUEL ALUFRE
Plaza de Pelliceros, 6
1892

Es propiedad del autor.



TÉMA

Necesidad de que la Juventud Escolar Española se inspire en los principios católicos para que al terminar los estudios pueda llevar á cabo su misión en beneficio de la patria.

EXCMO. E ILMO. SEÑOR:

REVERENDÍSIMOS SEÑORES:

COMIENZO declarando con ingenuidad que me apena en estos instantes ser yo el encargado de disertar sobre un téma, que merecía haber sido encomendado á ingenio más capaz de tratarlo con la elevación de ideas que requiere su altísima importancia. Y no como estudiada manifestación de modestia, que cuando no es sincera es la mayor de las inmodestias; sino como expresión fiel de lo que siento, he de confesar mi temeridad en haber admitido tal encargo, olvidándome por un momento del consejo del preceptista latino:

Sumite materiam vestris qui scribitis æquam

Viribus.

Halle mi atrevimiento excusa en vuestra indulgencia.

Señores: Lo que en el téma que acabo de leer se propone, si no lo he entendido mal, es el problema de la educación en toda su amplitud, no sólo en cuanto decide de la suerte del individuo y determina su porvenir, sino además en cuanto influye en el bienestar social y promueve el engrandecimiento de los pueblos; problema importantísimo, que lleva vinculadas en sí la dicha y la desgracia de la humanidad.

He dicho «problema de la educación» y debo rectificar, porque ni para mí, por la gracia de Dios, ni creo que para ninguno de los presentes, es ni puede ser la educación un problema; ó si lo es, es un problema resuelto de muy antiguo por el buen sentido y la razón, y más tarde por la sabiduría de Dios, que el Verbo hecho carne vino á revelar al mundo para que la luz brillara en medio de las tinieblas, y viesen, y viendo tuvieran vida todos los que yacían en la sombra de la muerte, sumidos en ignorancia y error. Y aquella luz sigue brillando y derrama cada día nuevos y más claros esplendores sobre todos los misterios de la vida; pero ¡ay! las tinieblas la rechazan y se niegan á recibir sus soluciones, y prefieren mantener el problema en perpétua discusión, arrojando obscuridades sobre la incógnita: *lux venit in mundum et dilexerunt magis tenebras quam lucem.* (Joannis, III, 19).

Así es como muchas verdades, poseídas desde el principio por el género humano y que son como su patrimonio inalienable, se presentan hoy á los entendimientos como enigmas indescifrables, si no es que se las arranca violentamente del espíritu y de la conciencia de los pueblos por una radical negación. Y así, y

sólo así puede suceder que en nuestros días, á los diecinueve siglos de cristianismo, se haga de la educación un problema, y se pidan luces para resolverlo á la Psicología, á la Fisiología, á la Estadística y no sé á qué otras ciencias, interpretadas según el sentido del moderno positivismo pedagógico.

Porque no se trata, señores, de cuestiones técnicas de enseñanza, de las ventajas de un método sobre otros, ó de la utilidad y bondad mayor ó menor de este ó de aquel procedimiento, asuntos todos de orden secundario, en los que cabe diversidad de criterio y puede cada uno optar por lo que estime más conveniente y aceptable: de lo que se trata es de algo que está por encima de estas cuestiones, de lo que se trata es de los principios generales de la educación que deben observarse siempre, y de los que no es posible prescindir ni nadie puede separarse sin falsear la formación del hombre. En esta región elevada y serena de los principios se han encontrado siempre y reconocido los entendimientos rectos y los corazones nobles, que, sobreponiéndose al influjo de las pasiones y no ofuscados por prejuicios de ningún género, han convenido unánimes en esas como líneas generales dentro de las cuales debe encerrarse la educación, si ha de responder fielmente á su objeto de formar al hombre para que cumpla su destino en la tierra y llegue después á la consecución de su fin último. Era menester toda la ceguedad del orgullo racionalista y toda la insania de esa profunda degradación que se llama materialismo y positivismo, para que pudiera llevarse la discusión á aquel terreno, poniendo en duda ó negando

los principios recibidos y practicados por el género humano como la base de toda disciplina que tenga por objeto educar al hombre. Solamente al racionalismo y al positivismo ha podido ocurrírseles la idea de separar de la educación el principio religioso y dejarla reducida á una instrucción puramente civil ó *láica*, ajena á todo dogma teológico.

La educación por la instrucción: he ahí la fórmula que expresa el pensamiento de la pedagogía inspirada por el racionalismo, el cual atribuye á la instrucción no sé qué eficacia moralizadora y virtud para extirpar los males que aquejan al cuerpo social. Para estos extraños pedagogos, los crímenes son hijos de la ignorancia; un hombre ilustrado no puede ser criminal; sepan los ciudadanos leer y escribir, y serán honrados, justos y benéficos; por consecuencia hay que multiplicar los medios de enseñanza y poner ésta al alcance de todos; hay que dar la instrucción gratuita y hacerla obligatoria; hay que levantar escuelas por todas partes, pues *«cada escuela que se abre, es un presidio que se cierra»*. Estas son las teorías que gozan hoy del favor de los oradores y escritores de moda, los cuales las repiten á diario ante un público *complaciente* que gusta de la música y la aplaude, sin tomarse el cuidado de examinar el libreto.

Y sin embargo, no se necesita más que el simple buen sentido para comprender todo lo que en ellas hay de vana palabrería, buena tan sólo para engañar á tontos y seducir á incautos. No es ningún católico, sino uno de los más conspicuos representantes del moderno positivismo, Herberto Spencer, el que ha escrito lo siguiente:

«La confianza en los efectos moralizadores de la cultura intelectual, que los hechos desmienten categóricamente, es, por lo demás, absurda en sí misma. ¿Qué relación puede haber entre aprender que ciertos grupos de signos representan palabras y adquirir un sentimiento más elevado del deber? ¿Cómo la soltura en formar signos que representan sonidos podrá vigorizar la voluntad para hacer el bien? ¿Cómo el conocimiento de la tabla de multiplicar y la práctica de la operación de dividir pueden desarrollar los sentimientos de simpatía hasta el punto de reprimir la tendencia á dañar al prójimo? ¿Cómo las reglas de ortografía y el análisis gramatical podrán desenvolver el sentimiento de la justicia ó los múltiples conocimientos geográficos acrecentar el respeto á la verdad? No hay más relación entre estas causas y esos efectos, que la que existe entre éstos y la gimnasia, que ejercita las manos y vigoriza las piernas. La fe en los libros de clase y en la lectura, es una de las supersticiones de nuestra época.» (*Prep. á la ciencia social por la Psicología.*)

Cierto, y á no tener el espíritu cerrado á toda observación psicológica y moral, no es posible dejar de ver que la instrucción, que la ciencia, es solamente un medio, un instrumento malo ó bueno, útil ó dañoso, de vida ó de muerte, según sea la mano que lo maneje; que si puesta al servicio de la virtud é inspirada por la justicia, es una fuerza poderosa para el bien, entregada al vicio y movida por la maldad, multiplica los medios de destrucción y suministra armas contra el orden social. De esto ofrecen buena prueba las estadísticas de la criminalidad, que acusan de año en año un aumento en

el número y calidad de los crímenes y delitos proporcional al aumento de la instrucción. Observaciones hechas por hombres de recta intención, acostumbrados á interrogar á los números, han dado por resultado, que, mientras 25.000 individuos de la clase falta de toda instrucción dan 5 acusados, igual número de individuos de la clase que sabe leer y escribir da más de 6, y el mismo número de la clase que tiene instrucción superior da más de 15. «Añádase á esto—contiénua diciendo el autor que consigna estas cifras—que »hay un sinnúmero de delitos, secretos ó patentes, que »violan la probidad y la moral, y sin embargo, se »traen á la pesquisa de los tribunales.. El escándalo de »fortunas labradas por el fraude y la estafa; el escándalo de ambiciones satisfechas por medio del perjurio, »de la apostasía y de transacciones vergonzosas; el escándalo de las pasiones saciadas á expensas de la honra y del reposo de víctimas seducidas y sacrificadas »luego con cínica impudencia, todos esos escándalos »que el mundo ve, que la justicia humana no castiga y »que hasta hacen murmurar de lo paciente que se »muestra la Justicia Divina, no los da ciertamente la »clase pobre é ignorante.» (1)

Así es por desgracia: la decadencia moral es patente en nuestros días y arranca á todas horas gritos de alarma á los hombres pensadores que se preocupan de la suerte de los Estados. El número y calidad de los crímenes que registra la prensa diaria causa espanto, y en vez de cerrarse presidios á medida que se abren

(1) Descuret, *La Medicina de las pasiones*, nota F.

escuelas, según pronosticaban los ilusos partidarios de la instrucción como único medio educativo, se hace necesario construir nuevas *cárceles-modelo* de última invención, para tener en ellas á buen recaudo á los criminales hijos de las luces. No há mucho, en 1863, consignaba el periódico ateo *Le Siecle*, que en el trascurso de veinte años habia subido en Francia la cifra de los delitos desde 45.000 á 123.000, y añadía: «los malhechores más desvergonzados son los más instruidos; de suerte, que *la decadencia moral sigue la progresión directa de la mayor altura intelectual.*» (1)

A este resultado conduce la fórmula «la educación por la instrucción», y nada tiene de extraño: ya Platón habia dicho que «sin la virtud, todas las ciencias habian de ser dañosas» (2), y en otro lugar: «toda instrucción separada de la justicia y de la virtud, no es sino una aptitud para hacer el mal» (3), y en otra parte: «la ignorancia no es el mayor ni el más terrible de los males; muchos conocimientos, mucha ciencia con una mala educación, es algo todavía peor» (4).

Menos radical, pero igualmente vana es la fórmula

(1) *Revista Popular de Barcelona*, 11 de Marzo de 1886.—Datos más recientes confirman esto mismo; en 1881 á 85, el número de crímenes ha aumentado con relación á los 5 años anteriores en 44.111, y en 1887 fueron entregados á los tribunales 29.000 menores de edad. El número de suicidios va en progresión ascendente: en 1883 se elevó ya á la cifra de 7.267; en 1886 subió á 7.902; en 1888 alcanzó la de 8.187, y en 1890 la de 9.131.—Refiriéndose á Alemania, ha escrito Luxner: «el exceso de instrucción tiende á aumentar el ejército de las prostitutas: las jóvenes, al salir de la escuela, menosprecian las faenas del campo, emigran á la ciudad atraídas por las fábricas ó por la máquina del curtir, y en muchísimos casos bastan pocos años para que se pierdan para siempre.» *Sociale Briefe aus Berlin*, pág. 16.—Puede verse á Paul Garnier, *Economiste français*, 26 Jul, 1890.

- (2) En Alcibiades.
 (3) Menex.
 (4) Lib. VII de las Leyes.

de los que, reconociendo la insuficiencia de la instrucción científica para formar moralmente al hombre, quieren que vaya acompañada de la enseñanza de la moral, pero de la moral independiente de todo dogma religioso, de la moral llamada *universal*.

¡Como si fuera posible una moral sin religión! ¿Qué es la moral universal? ¿Cuál es su código? ¿Dónde ha regido jamás? Palabra vacía de sentido, verdadero comodín dócil á todos los caprichos de la interpretación individual, inventado para cohonestar todos los desenfrenos de la inteligencia y todas las orgías del corazón.

Mas aunque esto no fuera así, el acompañar á la instrucción científica la enseñanza especulativa de la moral, nunca sería suficiente para inspirar al hombre el amor y la práctica de la virtud y el alejamiento del vicio. La enseñanza así dada de los principios morales, no pasaría de la categoría de mera instrucción, que proporcionaría conocimientos en dicho ramo, pero completamente estéril para la educación del corazón y de la voluntad. No consiste la educación moral en inculcar académicamente á los escolares, en lecciones y horas reglamentarias, los principios y máximas que deben regir nuestra conducta; la educación ha de ser esencialmente práctica, como quiera que ha de constituir el hábito de la vida, y éste no se adquiere sin la influencia viva y eficaz, por medio de la acción incesante, del principio moral. La moral ha de fluir de todas las enseñanzas, á las cuales ha de dominar y penetrar, y á ella deben ordenarse todas las prácticas disciplinarias; en una palabra: es preciso que constituya

como la atmósfera en que respire el escolar, á fin de que todas las impresiones que reciba despierten, fortalezcan y fortalezcan en él la conciencia moral. El mismo Spencer lo ha reconocido así y demuestra, bien que en la dirección del positivismo que profesa, la insuficiencia de la enseñanza teórica de la moral para la educación.

«Igualmente quiméricas—dice—son las ilusiones que se forjan los que se imaginan que la instrucción es un gran remedio de moralidad, si va acompañada de la enseñanza de preceptos morales. Parten éstos del principio de que una vez conocidos por la razón ciertos preceptos de moral, es segura la obediencia á ellos... Una costumbre moral no se adquiere ni por los preceptos, aunque sean diariamente repetidos, ni aún por los ejemplos, á menos de imitarlos reiteradamente; no se adquiere sino por la acción frecuente determinada por el sentimiento que con ella se corresponde... No se mejoran los hombres repitiéndoles sin cesar sanas máximas morales, y menos aún por el simple desarrollo intelectual, sino que solamente se consigue esto por ese ejercicio cotidiano de los sentimientos elevados, por esa represión de los sentimientos perversos que resulta de la sujeción de los hombres á las exigencias de la vida social ordenada.» (Ibidem.)

Sustituyendo en los anteriores párrafos los móviles que el positivismo de su autor señala como determinantes de la costumbre moral, por el móvil, único eficaz, de la conciencia sometida á la ley religiosa, que ordena el cumplimiento constante de los preceptos

morales, tendrían sentido racional y cristiano. La ineficacia que su autor reconoce en la simple enseñanza de la moral para engendrar los hábitos morales, existe igualmente en las exigencias de la vida social ordenada. ¿A qué motivos superiores ha de obedecer el hombre para sujetarse á esas exigencias de la vida ordenada? Y si se afirma que esas exigencias son de suyo poderosas para someter la voluntad del hombre, se afirma una cosa que está en contradicción con lo que diariamente atestigua la experiencia. Esto aparte de que la vida social ordenada es ya el resultado de someterse el hombre á un principio superior de orden.

Todas estas teorías del racionalismo y del positivismo referentes á la educación, tienen su raíz en el desconocimiento del estado actual de perversión de la naturaleza humana por efectos de la caída original. El sistema de educación expuesto por Rousseau en el *Emilio*, está basado sobre el principio de que el hombre nace bueno y la sociedad le corrompe. Semejante principio, presentado como base para fundar sobre él un sistema educativo, lleva en sí mismo la perversión de la educación humana y el germen de la barbarie. Porque si el hombre es nativamente bueno en toda la extensión de la palabra, si todo está en él acorde y armónico, su educación queda reducida á dejarle entregado á su natural desarrollo, y que corra la vida á merced de los instintos, siguiendo en su desenvolvimiento la espontaneidad de la naturaleza. La disciplina, la corrección, la represión, el castigo son innecesarios é inúti-

les; si el hombre es bueno, no hay sino dejar á su naturaleza que obre. Ahora bien. ¿Quién no echa de ver que semejante manera de educar es la negación de toda educación, y que los hombres educados en ese abandono no serian otra cosa que bárbaros?

No; el hombre no nace bueno en el sentido que lo afirma el racionalismo; el hombre trae al nacer instintos perversos, tendencias contrarias á su perfección como hombre, inclinaciones que le degradan y revelan una naturaleza enferma. Sea cualquiera la causa que señalen á esta perversión los que no quieren admitir el dogma católico del pecado original, el hecho de la perversión es innegable y patente, es un fenómeno de la vida que brilla en el mundo moral como el sol en la naturaleza física, y que cada uno puede observar en sí mismo. De él daba ya testimonio un poeta pagano casi en los mismos términos en que más tarde lo hacía el gran apóstol San Pablo, cuando escribía á los romanos: *no hago lo bueno que quiero; mas lo malo que no quiero, eso hago.* (VIII).

A partir, pues, de la realidad de este hecho, la ley suprema de la educación no es ni puede ser otra que, de una parte, combatir esos instintos perversos, esas inclinaciones depravadas del apetito interior, que constituyen el obstáculo permanente al perfeccionamiento del hombre; de otra, impulsar el desarrollo de los instintos superiores y más nobles del alma, dando generosa expansión á las aspiraciones y necesidades legítimas de la vida.

Establecido este concepto fundamental y primario de la educación, aparece claramente, surgiendo del fondo

mismo de las cosas, cómo la Religión ha de ser indispensablemente la base que debe sustentarla y el principio activo que debe impulsarla y dirigirla. Porque sola la Religión, afirmando la responsabilidad humana ante la Justicia Divina con el dogma de la existencia de una vida futura, donde ha de recibir su premio la virtud y el vicio su castigo, ofrece á la razón y á la voluntad motivos capaces de contener á ésta dentro de los límites del deber, á la par que le proporciona los medios y auxilios necesarios para que no sea vencida en la lucha constante que tiene que sostener con la concupiscencia y el apetito sensual. Es desconocer por completo la condición actual de la naturaleza humana pretender que el hombre ha de obrar lo bueno sin otro motivo que le impulse á ello que el cumplimiento del deber intimado por una fórmula abstracta á que llaman *imperativo categórico*, como quiere el racionalismo, ó las exigencias de la vida social ordenada, según pretende el positivismo. El hombre necesita para obrar el bien estímulos tan poderosos como lo son los que le incitan á obrar el mal, y esos estímulos solamente la Religión los ofrece. Esto por el lado que la educación mira á la represión de los malos instintos.

Por el otro lado que es expansión de las aspiraciones más elevadas del alma y de las necesidades legítimas de la vida, la verdad que vengo demostrando recibe nueva fuerza y evidencia. Porque, ¿hay necesidad más legítima y profunda, ni aspiración más elevada y vehemente del sér humano que la necesidad de Dios, que la aspiración á Dios? ¿Hay instinto más noble, más delicado, más fuerte é invencible que el instinto reli-

gioso, ese anhelo del alma que aspira á lo infinito? Por eso su primer vuelo, antes que la carne haya ejercido tiranía sobre ella y el pecado la haya manchado, es hacia Dios, cuya necesidad siente y cuya imagen, que lleva impresa en sí misma, la atrae con fuerza irresistible. Y hé ahí por qué el niño es naturalmente religioso, y por qué la Religión halla siempre en él ecos de profunda y espontánea simpatía. A favorecer y desarrollar este instinto, á dirigir y remontar este vuelo, á dar expansión á esta necesidad debe tender la acción de los encargados de educar á la niñez y á la juventud; y la educación que no hace esto, la educación que no procura satisfacer esa nobilísima aspiración del sér racional, la educación que no trabaja por engrandecer la imagen divina impresa por el mismo Dios en el alma, falsea su objeto y hiere de muerte la vida moral del hombre. La necesidad de adorar constituye el fondo divino—digámoslo así—de la parte más noble del sér humano; y si la educación no procura satisfacerla por medio del espectáculo del culto y de las prácticas de la piedad, que le elevan y familiarizan con las cosas divinas, entonces esa necesidad, no satisfecha en su objeto legítimo, tomará rumbo opuesto y buscará su satisfacción en cosas bajas; la vida del joven, entonces, no hallando en su región más elevada ambiente donde moverse y dilatarse, se reconcentra en sí misma y se ahoga en el vacío ó se precipita á revolcarse en el fango de todas las degradaciones del vicio.

No hay cuadro más doloroso que el que ofrecen los Colegios donde se prescinde de la Religión en la educación de la niñez. ¡Qué deformidad moral la que

presentan en tan tierna edad aquellas pobres criaturas! No hay que buscar en ellos virtud, ni quien sea capaz de reprimir su orgullo ó de sufrir con paciencia la menor contradicción en sus gustos y caprichos; la indocilidad, la soberbia, el espíritu de independencia, la altanería y la voluptuosidad, son los frutos que ya prematuramente ha producido la falta de Religión en aquellos corazones. ¿Cuándo más que en nuestros días se ha oído hablar de niños que se suicidan? ¿Será éste quizás uno de los progresos que se prometían los partidarios de la educación sin Dios? Inútil buscar la virtud separada de la Religión. El mismo Rousseau hizo en uno de sus momentos lúcidos la siguiente confesión: «No comprendo que se pueda ser virtuoso sin Religión: he abrigado por mucho tiempo esta falsa creencia, de que ya estoy completamente desengañado» (1). No es menos notable la declaración hecha por el ministro Portalis en la discusión del proyecto napoleónico de una ley de retorno á la enseñanza religiosa propuesta á la Cámara francesa en el año X de la Era inaugurada por la Revolución: «Ya es tiempo, decía el ministro, de que callen las teorías en presencia de los hechos. Nada de instrucción sin educación, y nada de educación sin Religión. Los profesores han enseñado en el desierto, porque con la mayor imprudencia se proclamó que no había necesidad de hablar de Religión en las escuelas. La instrucción es nula hace diez años. Es necesario tomar la Religión por base de la educación. Los niños se abandonan á la más peligrosa ociosidad, á la más alar-

(1) Carta à D' Alambert, edic. francesa de 1829, t. 1.º, pág. 404.

mante holganza. Se hallan sin noticia de la Divinidad, sin idea de lo justo é injusto: de aquí las costumbres salvajes y bárbaras, de aquí un pueblo feroz» (1).

«¡Costumbres bárbaras y salvajes!» Ese es el resultado que dan en la práctica las modernas teorías pedagógicas de la enseñanza *laica* y puramente científica: un pueblo educado sin Dios, sin Religión, es un pueblo sin *sentido moral*; y un pueblo sin sentido moral es un pueblo feroz, salvaje y bárbaro. ¿Qué importa que tenga leyes si no tiene costumbres; que posea la fuerza si no conoce la justicia; que cultive la ciencia si ha perdido la *fé*; que tenga genio si le faltan los sentimientos; que sea rico si carece de virtudes; que reuna, en fin, todos los elementos de prosperidad y grandeza material, si por otra parte y al lado de ésta presenta el desolador espectáculo de todas las ruinas morales? ¿Qué importa, desde el punto de vista del perfeccionamiento humano y de la verdadera civilización, que ese pueblo tenga caminos de hierro, cables eléctricos y buques de vapor? ¡Ah! la cultura y la civilización es más grande que todo eso, que puede muy bien coexistir con un estado de profunda degradación y decadencia. Cuando una sociedad puede presenciar el espectáculo de grandes iniquidades sin que los corazones experimenten estremecimientos de horror, ni las almas caigan en abatimiento profundo; cuando ante los ejemplos de grandes virtudes y de abnegación heroica puede permanecer indiferente, sin que aquéllos logren atraer las miradas de los espíritus, entonces, es indudable, el nivel de la

(1) *Exposición de los motivos del Concordato ante el Cuerpo legislativo.*

civilización ha bajado en las naciones, sea cualquiera el grado de su esplendor material, y esa relajación del sentido moral es el signo inequívoco de su decadencia. Por lo contrario, cuando las almas se sienten heridas por los golpes asestados al derecho y á la justicia, y no pueden ver sin horror los triunfos del mal y de la iniquidad; cuando las grandes virtudes hallan resonancia en los corazones y la voz del derecho se hace oír por encima de los intereses egoistas y de los triunfos de la fuerza, entonces la civilización de aquel pueblo está en grado floreciente, y la delicadeza y elevación de su sentido moral dan la medida de su cultura.

No hay mayor barbarie que la de los pueblos civilizados, una vez relajado en ellos el sentido moral. Un acontecimiento cualquiera de esos que por un momento aflojan la disciplina social, ó rompen los frenos que tenían sujetos los malos instintos é impedían el desahogo de las pasiones, es todo lo que se necesita para que en esos pueblos se den escenas de horror y salvajismo, como jamás las vieron las naciones menos cultas. Entonces es cuando aparece y se deja ver con toda su ferocidad la barbarie que ocultan en su seno esas civilizaciones engañosas: armada con todos los medios de destrucción que la ciencia ha puesto en sus manos, inspirada del odio que enciende su furor, destruye por el solo placer de destruir, y siembra por doquiera sangre, ruinas y desolación. No hay para qué recordar las escenas del *Terror*, ni más tarde las de la *Commune* en Francia, como tampoco los acontecimientos tristísimos de Julio y Agosto de los años 34 y 35 en España, á que la historia ha dado el nombre de «el degüello de los

frailles»; ni se necesita recordar otros hechos antiguos, propios ó extraños; ahí están frescos, recientes los acontecimientos de Jerez, que han comenzado á poner de manifiesto la barbarie que late en el seno de nuestra cultura, y ahí está el salvaje procedimiento, puesto á la orden del día, de los petardos, que tiene en perpétua alarma á los habitantes de las ciudades más populosas y cultas de Europa, y que ha hecho brotar con una de las últimas explosiones la siguiente *chispa* del ingenio del popular poeta Manuel del Palacio:

«Fanatismo, ignorancia y tiranía
engendraron salvajes, lo confieso;
pero, estudiados á la luz del día,
los que abortan la ciencia y el progreso
resultan más salvajes todavía.»

Sí, el salvajismo; ese es el monstruoso aborto de la ciencia y del progreso divorciados de la educación moral y religiosa, y no hay ya hombre pensador que no proclame muy alto que el desarrollo del socialismo anárquico en Europa reconoce por causa el descreimiento del pueblo educado en escuelas sin Dios, y las enseñanzas plagadas de racionalismo y materialismo de los centros superiores docentes, que han formado una juventud escéptica y materialista sin más aspiración que la de los goces sensibles de la vida.

Pero ¿cuál ha de ser la religión que debe informar la educación intelectual y moral de nuestra juventud escolar?

A esta pregunta, que surge naturalmente de las conclusiones anteriores y concreta su sentido, responde el t ema de este discurso. S , no basta afirmar que la educación debe ser religiosa; es preciso que sea cristiana y profundamente católica, si ha de ser fecunda en resultados beneficiosos para la patria. No buscará la prueba de esta afirmación fuera del concepto mismo de la educación.

Toda la vida del hombre descansa, como en su primero y principal apoyo, en la inteligencia, y de la solidez de este fundamento ha de depender necesariamente la del edificio que sobre él se levante. Ahora bien:  cu l es el medio, cuál el procedimiento más propio, el único para formar la inteligencia y hacer que adquiera el vigor y la robustez necesaria para servir de sostén   la vida?

A primera vista, y no mirando mas que   la superficie de las cosas, parece que lo que constituye el desarrollo de aquella facultad es la instrucción, es la ciencia, es el caudal de conocimientos que adquiere; y, sin embargo, la inteligencia necesita de una primera formación más esencial   intima, que toca   la inteligencia misma y   su manera formal de ser. Una cosa es el hombre instruido, y otra el hombre inteligente; el primer concepto no es esencial, el segundo lo es; pues si puede concebirse un hombre sin instrucción, no puede concebirse un hombre sin inteligencia; y de este último concepto, y no del primero, arranca la clasificación de las inteligencias en superficiales, medianas y superiores, que determinan el mayor ó menor valor intelectual de cada individuo. Entre un hombre instrui-

do y un hombre inteligente, hay la misma diferencia que entre un *erudito* y un *sabio*. Los que piensan que la educación intelectual consiste en hacer eruditos, convierten la inteligencia en un almacén, en vez de crear en ella un taller activo bajo la dirección del buen sentido. No es el cultivo *material* que consiste en el amontonamiento de ideas mejor ó peor coordinadas el propiamente educativo de la inteligencia; lo es, sí, el cultivo *formal*, que tiende á comunicar á esta nobilísima facultad vigor y poder, á ponerla en disposición de caminar por sí misma y hacerla ensayar sus fuerzas en la carrera que tiene abierta ante sus ojos; á comunicarle, en una palabra, aptitud para instruirse y discernir lo verdadero de lo falso, la demostración legítima del falaz sofisma. Y esto sentado, el secreto de la educación no es otro en su raíz que procurar el cultivo formal, suministrándole el fundamento en que ha de apoyarse para alcanzar su total desarrollo y sostener y elevar la vida humana que en ella descansa.

Pues bien: lo que sostiene á la inteligencia, lo que constituye la base de la vida intelectual, es la certidumbre y el hábito de los principios, es la posesión de grandes verdades de fecunda y constante aplicación á todos los problemas y necesidades de la vida: he ahí la tierra firme en que ha de arraigar para elevarse á toda su altura y alcanzar la plenitud de su desarrollo. La inteligencia que no se levanta sobre esta base sólida, que crece sin este apoyo firmísimo é indestructible, es como edificio sin cimientos, como árbol sin raíces: el más ligero soplo del vendabal lo arrancará y derribará.

Mirad á ese joven que ha terminado su carrera, que

posee un buen caudal de conocimientos en ciencias físicas y naturales, que ha espigado igualmente en el campo de las matemáticas, de la filosofía, de la historia, del derecho...; pero cuya inteligencia, por descuido de su primera educación, no ha sido cimentada en esas verdades necesarias y fundamentales que son la base y sostén de la vida; un joven instruido, sí, pero que careciendo del fundamento de los principios religiosos, falto de un dogma definido que le sirva de apoyo, sin un símbolo que sea norte y guía de su ciencia, no puede imprimir á los movimientos de su vida una dirección fija, ni dar á la vida misma un asiento estable, viéndose condenado á vivir en un laberinto de dudas é incertidumbre en lo que toca á su origen y destino y á la regla que ha de ordenar su conducta; no le preguntéis de dónde viene, ni á dónde va, ni por qué está aquí, ni cuál es el camino por donde debe marchar; no lo sabe. ¿Qué de riesgos y graves peligros no ha de correr en su desarrollo la vida de ese joven, caminando sin brújula al azar, empujado ya en una dirección, ya en otra, por los vientos de las pasiones y de los más encontrados errores? ¿Dónde se apoyará, cuál será su asidero para sostenerse contra sus violentos embates, faltando en el fondo de su inteligencia la incommovible roca de aquellas verdades incontrastables?

He aquí, pues, que el primer paso en la educación de la juventud ha de ser asentar la inteligencia en la fé de aquellos principios, en la certidumbre de aquellas verdades, sin lo cual será inseguro y movedizo cuanto en ella se edifique. ¿Cómo? Por medio de la autoridad

que las afirme: la afirmación que procede de la autoridad, ese es el troquel divino que graba de un modo indeleble en la inteligencia las verdades que han de ser el fundamento de su vida y la base sobre que ha de crecer y elevarse.

Los modernos pedagogos racionalistas, partiendo del principio sentado por Rousseau, de que la educación no debe influir por modo alguno doctrinal y dogmático en la vida intelectual, moral y religiosa del hombre, pretenden que al educando no se le debe dar enseñanza alguna religiosa ni moral, á fin de dejarle en estado de escoger más adelante, libre de toda preocupación, aquella moral y aquella religión que hayan de dirigir su conciencia.

Mayor absurdo, más extravagante paradoja no es posible imaginarla. Pretender que un joven elija entre cosas que no conoce, pretender que escoja por sí mismo la moral y la religión, el Dios á quien ha de servir, sin haber jamás oído hablar de Dios, de religión ni de moral, intimarle esta elección en nombre de la razón y de la conciencia cuando ésta no ha sido formada en él y á su razón no se le ha dado el punto de apoyo necesario para que pueda discurrir, es el colmo de la extravagancia y del delirio. Semejante procedimiento conduce á la anulación de la vida moral y religiosa del hombre y lleva consigo el nihilismo intelectual.

Otros convienen en que debe iniciarse al niño desde los primeros años en la vida religiosa y moral, pero proponen que esto se haga no afirmando las verdades que deben recibir, sino discutiéndolas; quieren reemplazar la autoridad por la demostración.

¡Ilusos! ¡No ven que la demostración supone ya formada la inteligencia ¡Apelan al raciocinio para formar la razón, y no echan de ver que se necesita la razón para entender los raciocinios! ¿Cómo podrá la tierna inteligencia de un niño juzgar del valor de una demostración, cuando la falta de principios determinados no le permite siquiera entender los elementos del discurso? Así, huyendo de inculcar dogmas, inoculan el escepticismo en la inteligencia del niño, dándole opiniones en lugar de doctrinas, hipótesis sin más apoyo que el del propio juicio, en vez de verdades definidas. Ese niño crecerá, llegará á la edad adulta y no tendrá religión, ni doctrina, ni siquiera opinión fija; su inteligencia flotará á todos los vientos de humanos pareceres, su ciencia sin brújula no sabrá qué rumbo tomar, y cuando hubiera podido tocar las cumbres del mundo literario y científico, quedará reducido á la pobre condición de sabio sin doctrinas, de erudito sin convicciones, que conocerá quizás todos los sistemas filosóficos y todas las teorías científicas, es decir, que sabrá todo lo que los hombres han pensado y han dicho; pero que con todo eso él se queda sin saber qué pensar ni qué decir. Inútil buscar en ese joven, ya hombre, el vigor de inteligencia y la energía de voluntad que forman los caracteres firmes y enteros; lejos de esto se le encontrará siempre pronto á todos los acomodamientos, á todas las debilidades; esclavo adorador del Dios éxito, se prosternará con bajeza ante la iniquidad triunfante, y aún llegará hasta pedir la muerte del justo, proclamando así, con la pública humillación de una inteligencia vendida á la mentira y puesta al servicio de la



iniquidad, la impotencia de los hombres sin principios, incapacitados para hallar en convicciones profundas, que no poseen, un valor indomable y una resistencia invencible.

Este es precisamente en nuestras sociedades el vicio característico de la educación que se ha separado de los principios católicos, de la educación que no se atreve á ser francamente cristiana; el rebajamiento de los caracteres, tan general en nuestros días, tantas tolerancias que son debilidades, tantas vergonzosas transacciones que son repugnantes apostasías, no conocen otra causa que el escepticismo que reina en las inteligencias no nutridas con principios sólidos, faltas de creencias robustas y arraigadas convicciones, y juguete, por ende, de todos los flujos y reflujos de la opinión inestable y tornadiza. ¡Ah! señores, las lágrimas de Jeremías no son bastante amargas para llorar sobre las ruínas causadas en esa hermosa Jerusalén de nuestra juventud escolar, por la educación escéptica de un racionalismo sin fé y sin doctrinas, de un positivismo sin principios y sin creencias; ruínas del alma y del cuerpo, ruínas de la conciencia y del corazón, ruínas de la salud y de los sentidos, ruínas sobre todo de la inteligencia atrofiada, perturbada, destruída por las contradicciones de mil diferentes sistemas, muerta, en fin, por la falta del sustentáculo de su vida. ¡Cuántos jóvenes en esa edad de las nobles ambiciones, de los pensamientos elevados y generosos anhelos, arrastran una existencia miserable, sin amor en el corazón, sin energía en la voluntad, desposeídos de toda aspiración y de toda esperanza, presa del hastio contra el que no

hallan otro esparcimiento que el deleite de los placeres sensuales que los embrutece y degradan! ¿Cómo extrañar que á la menor contradicción, y aún sin ella, atenten contra una vida que nada les hace amable, que todo, por lo contrario, les hace aborrecible? ¿Y qué puede prometerse la patria de una juventud educada en ese enervamiento intelectual y moral, sin creencias y sin virtudes? No se contraría impunemente á la naturaleza; se creyó formar por el procedimiento racionalista una generación de hombres razonables, y resultó una raza de hombres descreídos, plaga funesta de las naciones y justo castigo de su prevaricación.

No hay que buscar en otra parte la génesis del presente estado político social de las naciones de Europa y América.

«La apostasia política—dice Laisante—hija del escepticismo, engendra el escepticismo á su vez, y lo multiplica y lo generaliza en tales proporciones, que existen en él grandes peligros, no sólo para nuestra generación, sino principalmente para las generaciones futuras. A fuerza de ver á hombres tenidos por honrados practicar actos en su vida política que les deshonorarían en su vida privada, la gran mayoría de los ciudadanos se contagia á su vez. Recibe de aquéllos en quienes había puesto su confianza el ejemplo del escepticismo, y llega á seguirlo. Se le dice que los principios no son nada, que el interés lo es todo, y que la verdadera moral consiste en arreglar lo mejor posible sus negocios, sin preocuparse de los derechos del vecino, siempre que esto se haga sin caer en las redes del Código. Por este camino se llega pronto á

»negar la justicia, á negar la razón. Así, el día en que
 »el mal social alcance una proporción considerabilísi-
 »ma, el día en que el exceso de la miseria haya hecho
 »arraigar en el ejército innumerable de los miserables
 »la idea de que por la habilidad ó por la fuerza se pue-
 »de mejorar de suerte, no se ve en nombre de quién
 »ni de qué se les podrá contener.»

Así habla un hombre de la escuela radical, cuyo tes-
 timonio, por tanto, tiene especial valor.

En resumen: toda la vida racional descansa en la
 inteligencia; ésta se sostiene en la certidumbre de los
 principios, y no hay otro medio eficaz de grabar éstos
 en el alma que el golpe de la afirmación dado por la
 autoridad. A esta afirmación responde, de parte de la
 inteligencia, un acto de fé y adhesión espontánea, por
 el cual se apodera de la verdad, afirmándola á su vez.
 Hé aquí el proceso natural de la formación de esta fa-
 cultad nobilísima. Y con tal supuesto, aparece clara y
 manifiesta la inmensa superioridad de la educación fun-
 dada en los principios católicos, no sólo desde el punto
 de vista moral y religioso, sino también en el orden
 puramente intelectual y científico. Porque si los prime-
 ros fundamentos del edificio de la inteligencia necesitan
 ser sentados por la autoridad, ¿dónde existe otra más
 alta, más augusta que la de la Iglesia católica, que habla
 y enseña en nombre del que ha podido decir: *yo soy la
 verdad y la vida*; en nombre del Verbo de Dios, revela-
 do á los hombres en la persona de Jesucristo, Maestro
 y Redentor de la humanidad? Sola esta autoridad tiene
 fuerza bastante para asentar las inteligencias en base in-
 quebrantable, levantándolas sobre la verdad misma que

se muestra para ser reconocida. Esta autoridad no discute, sino que define; no propone cuestiones, sino que enseña doctrinas: *ego autem dico vobis*. Y esa verdad llega á la inteligencia, no por largos rodeos de razonamientos humanos, atravesando regiones de sombras, en las cuales pierda algo de su claridad, como pierde de la suya la luz refleja que llega al ojo por el intermedio de otros cuerpos; sino directamente, como el rayo del sol á quien le mira. Y esa luz es el Verbo, la verdad misma substancial, con la cual la inteligencia se une, en la cual descansa y de la cual toma la savia que ha de nutrir la vida que sobre ella ha de crecer y desarrollarse. En la demostración es la inteligencia la que hace luz sobre las verdades que se demuestran; aquí es la verdad misma la que alumbra á la inteligencia afirmándose y mostrándose ante ella.

Ved á ese niño educado según los principios del catolicismo: él sabe y conoce la solución de todos los problemas referentes al origen y destino del hombre, sobre los cuales no han podido ponerse de acuerdo los filósofos de todos los siglos. La enseñanza católica no le presenta estas cosas como cuestiones discutibles, sino como verdades definidas; no como problemas, sino como soluciones, y esto con una autoridad á la que ninguna otra es comparable. No importa que el órgano inmediato de esa autoridad sea un padre sencillo ó un modesto maestro de escuela; tras ese padre y tras ese maestro está la Iglesia docente en los diversos grados de su gerarquía, los párrocos, los obispos y el Papa, y tras el Papa, Jesucristo, Maestro de todos, cuyas enseñanzas, comunicadas por aquellos órganos, las vienen repitiendo

de siglo en siglo legiones de sabios y de santos, garantizadas con la sangre de millones de mártires.

Se dirá quizá que el niño no comprende aquella doctrina ni se da cuenta de esta autoridad, y que se intenta así levantar un sér razonable sobre una base aceptada sin raciocinio.

Ciertamente: el niño cree sin comprender el objeto de su creencia, acepta la doctrina sin darse cuenta de ella, este es el hecho; pero este hecho constituye una necesidad de su naturaleza, una necesidad de su vida intelectual, moral y religiosa, que no puede adquirir sus primeros elementos sino por asimilación espontánea de la verdad que se le impone por medio de la autoridad que la afirma. Día llegará en que se ilumine ese asentimiento inconsciente, instintivo que prestó á la verdad y á la autoridad, y entonces se convertirá en razonable, y lo que antes afirmaba sin comprenderlo, lo alcanzará ahora y lo demostrará; pero el razonamiento, la demostración no ha sido el punto de partida, sino el término del proceso, resultado del desarrollo intelectual, el cual se realizará con tanto mayor vigor y lozanía, cuanto más profundamente haya arraigado la inteligencia en el terreno de los principios. Cualquier otro procedimiento es contrario á la naturaleza y lleva consigo la ruína de la inteligencia y de toda la vida que sobre ella descansa. La decadencia intelectual y el descenso de la instrucción en nuestros días, es un fenómeno general públicamente reconocido y comprobado con datos que no dejan lugar á duda. Es la consecuencia de haberse abandonado en la educación de la juventud los principios racionales de la pedagogía cristiana y ca-

tólica para reemplazarlos por los procedimientos racionalistas.

Hablando Napoleón el Grande de la influencia que Rousseau había ejercido por medio de su libro el *Emilio* en las creencias y costumbres de la nación vecina, exclamó con acento de pesar é indignación: «ese hombre ha perdido á Francia.» Ese hombre—podemos decir también nosotros—ha perdido á España, feliz, grande y poderosa mientras sus hijos se educaron en los principios del catolicismo, y triste, pobre y abatida desde que hombres influídos por el enciclopedismo filosófico de los Condorcet y D' Alambert arrancaron arteramente la instrucción de la juventud española á la influencia sana y bienhechora de la Iglesia, para vaciarla en los moldes en mal hora imaginados por el pseudo-filósofo de Ginebra.

Importa que nuestros jóvenes escolares conozcan la infame conjura tramada por hombres sin fé y sin conciencia para corromperles y hacer de ellos instrumento de sus planes antireligiosos, y convertirlos así en escabel de sus ambiciones y codicias. Oigan lo que el volteriano Conde de Cabarrús escribía á otro hombre no menos funesto para la patria, al Príncipe de la Paz, exponiéndole el espíritu que debía informar los planes de estudios que por entonces se elaboraban: «¿Queremos que no se degrade la razón de los hombres? Apartemos los *errores* y enseñemosles *solo cosas precisas, útiles, exactas*. El catecismo político está por hacer...» Se nos inculca en la niñez los dogmas abstractos de «la Teología, ¿y no se nos podría enseñar los principios sociales?... *Se trata de borrar las equivocaciones de*

«veinte siglos, apoderarse de la generación reciente, y veinte años sobran para regenerar á la nación.»

He ahí expresado el propósito de apoderarse de la juventud escolar, y los medios empleados para conseguirlo: *borrar las equivocaciones de veinte siglos*, es decir, suprimir de la enseñanza los dogmas de la Teología, sustituir el catecismo de la doctrina cristiana por el de los derechos del hombre, suprimir la instrucción religiosa y dejar *sólo* la de cosas *precisas, útiles y exactas*; en una palabra, hacer la instrucción racionalista y materialista. Los resultados los estamos tocando ahora. En aquellos tiempos en que los dogmas de la Teología inspiraban é informaban la instrucción, nuestros doctores llevaban la voz en las asambleas de los sabios, y nuestras Universidades dotaban de maestros insignes á todas las escuelas de Europa que aquí venían á buscarlos. ¿Y ahora? También ahora salen de nuestras escuelas hombres que van á visitar las Universidades extranjeras; mas no para llevar nuestra ciencia y enseñar en ellas como maestros, sino á recoger, como humildes tirones, para traérnoslas aquí, las nebulosas lucubraciones de entendimientos averiados y oscuros de allende el Rhin, y dárnoslas en servil plagio y bárbaro lenguaje como la última palabra del genio de la Filosofía. Apenas al alma pensar en los estragos producidos en nuestra juventud escolar por esa ridícula monserga que se llama Krausismo, esterilizando y anulando aventajados talentos que hubieran podido brillar con gloria en las ciencias y en las letras y ser ciudadanos útiles á la patria, y que, por lo contrario, han quedado sepultados en el montón anónimo de inútiles media-

nias ó de obscuras nulidades, sino es que, no pudiendo llegar al término de sus aspiraciones por los caminos que abre el mérito, y resueltos á satisfacer sus inmoderados deseos por cualquier medio, se han dedicado á la profesión de políticos revolucionarios, embaucadores y corruptores del pueblo sencillo y trabajador, al que explotan y hacen instrumento de sus miras ambiciosas.

¡Oh jóvenes españoles, esperanza de la patria! No os dejéis llevar de las seducciones engañosas de la ciencia sin fé, que hincha y no edifica. Dios es el Señor de las ciencias, y no puede haber ciencia contra Dios. La incredulidad científica, ha dicho un sabio y profundo pensador de nuestros días, no es mas que la ignorancia que habla un lenguaje científico. Huid de esa falsa filosofía que envenena el alma y seca el corazón. Buscad en los principios católicos y en una educación profundamente cristiana la savia fecunda y beneficiosa que nutra vuestro espíritu, como nutrió el de tantos hombres eminentes que forman el ciclo glorioso de nuestros teólogos, de nuestros filósofos, de nuestros juristas, de nuestros literatos, historiadores, poetas, músicos, pintores, arquitectos y escultores que hicieron de España el emporio de las ciencias y de las artes y la reina de las naciones, cuya gloria, hallando ya estrechos los límites del viejo mundo, tuvo necesidad de buscar otro nuevo por donde extenderse y dilatarse. Esta fué la obra de la educación cristiana y de la fé en que se nutrían las pasadas generaciones, fé que inspiró y alentó á los bravos descubridores que salieron de Palos, cuya fecha cuatro veces secular ahora conmemoramos.

¿Queréis saber cuál es la obra del racionalismo?
Preguntadlo á los sublevados de Cabezas de San Juan...

Concluyamos: es de absoluta necesidad que los principios católicos vuelvan á informar la instrucción de la juventud, único medio de salvación para nuestras sociedades. Consecuencia de haberla separado de ellos es el presente estado de perturbación intelectual y de perversión moral que tiene su expresión en esa barbarie civilizada que se llama *anarquismo*, horrible engendro del nefando maridaje de todos los errores de la inteligencia con todas las concupiscencias del corazón, de todos los escepticismos del espíritu con todas las rebeldías de la carne. Se ha alejado á Jesucristo del entendimiento y del corazón de los pueblos, y éstos vuelven á ser invadidos por la barbarie. ¿Qué cosa más natural y lógica, que cuando la civilización se va, la barbarie vuelva? ¿No es claro y patente que lo que caracteriza el socialismo anárquico que amenaza concluir con la civilización, es su espíritu anticristiano, el odio á la Iglesia Católica, á su doctrina, á su moral, á su culto, á sus instituciones, á sus ministros, en una palabra, el odio á Cristo?

Este es el hecho innegable que se ofrece á la observación y á las miradas de todos y que proclama á grandes voces la necesidad urgente de una regeneración cristiana de la sociedad mediante la educación de las nuevas generaciones en los principios y máximas del Catolicismo.

HE DICHO.

1070 *